

REVISTA COMUNISTA  
DE ANÁLISIS, DEBATES  
Y DOCUMENTOS

Director:  
**Víctor Kot**

Secretario de redacción:  
**Marcelo F. Rodríguez**

Colaboran  
en este número:

**Atilio Boron**  
**Teresa Castillo**  
**Gaio Doria**  
**Patricio Echegaray**  
**Olga Fernández Ríos**  
**José Giavedoni**  
**Víctor Kot**  
**Alexia Massholder**  
**Silvina Perugino**  
**Hernán Randi**  
**Marcelo F. Rodríguez**  
**Raúl Serrano**  
**Gastón Varesi**  
**Cinthia Wanschelbaum**

Diagramación:  
**Patricia Chapitel**

La revista *Cuadernos  
Marxistas*  
es una publicación  
de análisis, debates y  
documentos de la editorial  
Cuadernos Marxistas,  
con domicilio en la  
Av. Entre Ríos 1039  
de la Ciudad Autónoma  
de Buenos Aires,  
República Argentina.  
4304-0066/68  
propaganda@pca.org.ar

ISSN 1853-368X

## **A 200 años del nacimiento de Marx**

Víctor Kot..... 3

## **Vigente e imprescindible**

Atilio Boron..... 5

## **Marx en y desde América Latina**

Alexia Massholder..... 15

## **Una aproximación a la Filosofía de la Praxis**

Raúl Serrano..... 25

## **Marxismo y Feminismo. La actualidad de Marx en tiempos de transformación**

Silvina Perugino..... 31

## **Marx y la constitución de un campo de adversidad**

José Giavedoni..... 39

## **Un fantasma recorre el mundo**

Cinthia Wanschelbaum..... 47

## **¡Bien has hozado viejo topo!**

Marcelo F. Rodríguez..... 59

## **Joven Marx. Enamorado, poeta y estudiante universitario**

Teresa Castillo..... 59

## **Marx y la lucha por el poder**

Hernán Randi..... 66

## **Acumulación política y lucha de clases en América Latina y Argentina**

Gastón Varesi..... 71

## **El bicentenario de Marx y los desafíos del presente**

Olga Fernández Ríos..... 85

## **La vitalidad del legado de Marx**

Gaio Doria..... 89

## **Marx cabalga de nuevo**

Patricio Echegaray..... 92

# Marx en y desde America Latina<sup>1</sup>

por Alexia Massholder<sup>2</sup>



## Una primera generación: difusión y organización

En América Latina comenzará a conocerse la obra de Marx a partir de 1870 cuando un periódico de los trabajadores mexicanos publica por primera vez *El manifiesto comunista*. En 1898 el público de habla hispana tendrá acceso a *El Capital* (libro I) a través de la primera traducción realizada por Juan B. Justo.

Antes de esto, los emigrantes europeos leían en América las obras marxistas más conocidas, básicamente *El Manifiesto*, el libro I de *El Capital* y el *Anti-Dübring* en alemán, italiano o francés. Este particular fenómeno de recepción no fue un accidente casual, pues la primera generación de marxistas en América Latina fue europea, de la mano de una gran cantidad de inmigrantes que llegaban a nuestro país con vivencias en la Comuna de París, la Primera República Española derrotada en 1874 y víctimas de régimen de Bismark en Alemania. Así fue que arribaron marxistas como Ida Bondradeff de Kantor, Germán Ave Lallemand y Augusto Kühn a la Argentina, que aportaron valiosos elementos para la formación y organización de los trabajadores en nuestro país. Bondradeff, nacida en Ucrania, había participado de la revolución de 1905 y

<sup>1</sup> Historiadora. Doctora en Ciencias Sociales. Directora del CEFMA. Miembro del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina

<sup>2</sup>Kohan rescata también los aportes en este sentido de pensadores como Sergio Bagú, Ruy Mauro Marini y Luis Vitale, que por razones de espacio no desarrollaremos. Estos trabajos pueden consultarse el libro de Michael Löwy, *El marxismo en América Latina*.

debió irse de su país por las persecuciones. Llegada a Buenos Aires, funda en 1906 el Centro y Biblioteca Marxista de Exiliados Rusos. Lallemand funda y dirige *El obrero*, que entre 1890 y 1892 se convierte en uno de los medios centrales de la clase trabajadora. Kühn fue colaborador de dicha publicación y una de las figuras principales del Comité Obrero Internacional de Buenos Aires que, entre otras cosas, impulsó actividades recordatorias de la Comuna de París. En 1892 se constituye también la Agrupación Socialista que, junto al Club Vorwärts, Les Egaux, Fascio dei Lavoratori y el Centro Socialista Obrero creado en 1894, realizó una gran labor de difusión de las ideas socialistas. En esa línea deciden fundar *La Vanguardia*, periódico “del socialismo científico, defensor de la clase obrera” dirigido por Juan B. Justo. En 1912 se crea el Centro de Estudios Sociales Carlos Marx por iniciativa, entre otros, de José Penelón y Juan Ferlini, quienes pocos años después, en 1917, participan junto a otros militantes del entonces Partido Socialista, como Victorio Codovilla y Aldo Cantoni, de la creación de un nuevo órgano: *La Internacional*. Desde allí, en los orígenes del Partido Socialista Internacional, luego PC, comenzó la primera gran recepción de las ideas marxistas en nuestro país.

### **Marx en América Latina: las huellas de Mariátegui, Mella y Ponce**

Luego de esta primera recepción fueron muchos los intelectuales nuestroamericanos que abrazaron y difundieron la obra de Marx. En

tre ellos, sin duda los nombres de Aníbal Ponce, José Carlos Mariátegui y Julio Antonio Mella son algunos de los más destacados, aunque deben mencionarse también a Farabundo Martí, Luis Carlos Prestes y Luis Emilio Recabarren. Todos ellos, además de grandes organizadores, aportaron lecturas en clave local para una praxis marxista anclada en sus respectivas realidades nacionales, y en cierta medida resignificando la teoría marxista desde América Latina.

### **José Carlos Mariátegui**

Adolfo Sánchez Vázquez llamó a Mariátegui el “primer marxista de América Latina”, no porque no hubiera habido marxistas antes que él sino porque, como bien a señalado Néstor Kohan, trató de aplicar a Marx de otra manera, planteando que el mundo indígena no existía en Londres, ni en París, y había que pensar para la realidad peruana nuevas formas de aplicar el marxismo.<sup>2</sup> Recordemos la tan citada frase que resonó en el editorial del tercer aniversario de la revista *Amauta*: “No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva.”<sup>3</sup>

El amaute había ingresado a la órbita política por su contacto como periodista con la Reforma Universitaria y las movilizaciones obreras de principios del siglo XX. Algunos años después viajó a Europa, hecho que fue central en su

formación, y en donde presencia la fundación del Partido Comunista Italiano en 1921. Allí, además de la experiencia de la toma de fábricas en Turín, de la mano de Antonio Gramsci pudo acceder también a un panorama mucho más claro de lo que acontecía en Rusia y en la III Internacional. De regreso en Perú, ya volcado definitivamente al marxismo, sus estudios y análisis sobre la realidad peruana lo perfilarán como un pensador “polémico” dentro de lo que era el Movimiento Comunista Internacional de aquel entonces. Así fue que en la Primera Conferencia Latinoamericana de Partidos Comunistas en Buenos Aires, en junio de 1929, sus tesis presentadas por dos delegados peruanos bajo los títulos de “Punto de vista antimperialista” y “El problema de las razas en la América Latina”, recibieron la crítica casi unánimes de los partidos comunistas, alineados en su gran mayoría a las posiciones de la Internacional.

La primera de las intervenciones, “Punto de vista antiimperialista”, fue leída por Portocarrero en el marco de las discusiones sobre las luchas antimperialistas y los problemas de la táctica de los Partidos Comunistas de América Latina. Hubo allí dos temas que detonaron la discusión: el impacto del imperialismo en los países de América Latina y el carácter de la revolución.

No había dudas que los países de América Latina eran víctimas privilegiadas de las garras estadounidenses. Lo que Mariátegui pone en el centro de la discusión es el papel jugado por las burguesías latinoamericanas en cada país, atendiendo a lo que denomina “psicología política”

<sup>3</sup> Mariátegui, J. C., “Aniversario y balance”, en *Amauta*. Año III, N° 17. Lima, setiembre de 1928.

de cada una de ellas. Las burguesías tenían en el imperialismo una fuente inagotable de provechos económicos que superaban con creces los beneficios de preocuparse por la soberanía nacional. Esta situación era especialmente evidente en países como Perú, en el que las burguesías “blancas” se sentían más cercanas culturalmente a los opresores que al pueblo al pueblo indígena, mestizo, estrechando los lazos entre la pequeña y la gran burguesía contra lo popular y nacional. Pero para Mariátegui la situación de lo que denomina “indoamérica” es diferente de la realidad de países más “avanzados” como Argentina, en los que el peruano ve una burguesía rica, numerosa y orgullosa de las bondades de su patria, más parecida a Europa que a “indoamérica”. Burguesías como la argentina resultaban entonces más permeables a consignas antimperialistas, lo que implicaba una primera gran diferenciación necesaria entre los propios países del continente imposibilitando la aplicación de un mismo “esquema” de acción para todos ellos.

De la argumentación respecto a las burguesías latinoamericanas, se desprende la lectura acerca del carácter de la revolución en los países de América Latina. Aunque Mariátegui coincidía en definir a nuestros países como precapitalistas y con remanentes feudales (Mariátegui habla expresamente de “clase feudal”) argumentaba, contrariamente a la idea de una revolución democrático-burguesa sostenida por la Internacional Comunista, que la única revolución posible en América Latina era la revolución socialista. La Conferencia de 1929 postulaba que la revolución democrático-burguesa permitiría “quebrar la dominación del feudalismo, del imperialismo, de la Iglesia, de los grandes terratenientes; liberar a la América Latina de las empresas

imperialistas, solucionar la cuestión agraria, entregando la tierra a los que la trabajan” y llevaría (no se explica cómo) no a un estado liberal sino a “la dictadura democrática de los obreros y campesinos”. La lucha antimperialista se presentaba en este contexto como motorizadora de las masas que, puestas en movimiento, lograrían organizarse en torno a sus propios órganos de poder para arrancarles el poder a la burguesía.

Para Mariátegui, por más que en algunos países las burguesías pudieran encuadrarse en determinadas luchas antimperialistas, el antimperialismo no era un “programa”, ni podía constituirse en un movimiento “que se basta a sí mismo y que conduce, espontáneamente, no sabemos en virtud de qué proceso, al socialismo, a la revolución social”. Para el amauta, la sobreestimación del antimperialismo traía aparejada una exageración en el mito de la “segunda independencia”, y colocaba a las ligas antimperialistas en un lugar de centralidad por encima de los partidos revolucionarios. Mariátegui planteaba que la lucha contra el imperialismo no resolvía el antagonismo de clases: “Sin prescindir del empleo de ningún elemento de agitación antimperialista, ni de ningún medio de movilización de los sectores sociales que eventualmente pueden concurrir a esta lucha, nuestra misión es explicar y demostrar a las masas que sólo la revolución socialista opondrá al avance del imperialismo una valla definitiva y verdadera”. Porque el avance del movimiento antimperialista “no representaría nunca la conquista del poder, por las masas proletarias, por el socialismo”. Como escribiera en *Aniversario y balance*, “Capitalismo o socialismo. Éste es el problema de nuestra época.” La posición de Mariátegui chocaba con la defensa de las ligas antimperialistas como herramienta central de

lucha que propiciaban muchos de los dirigentes comunistas de la Internacional. Así, Codovilla, como uno de sus voceros más fieles, sostenían que la lucha revolucionaria en América Latina era principalmente contra el imperialismo, a través de las ligas antimperialistas, bajo la dirección de los partidos comunistas.

El segundo trabajo de Mariátegui presentado en la Conferencia de 1929 fue “El problema de las razas en América Latina”. Era la primera vez que la Internacional Comunista abordaba el tema, aunque la lectura de las actas de la conferencia demuestra que, con todo, el tema de las razas no sólo no era manejado por la totalidad de los presentes sino que no representaba un tema central. El texto reviste una particular vigencia si se tiene en cuenta no sólo el tema indígena, sino la concepción que el imperialismo busca desarrollar para justificar su accionar, más allá de haber cambiado la forma de presentarlo. Ejemplo de esto es la brillante síntesis del amauta cuando escribe: “parecidamente los pueblos modernos, que se gratifican ellos mismos con el epíteto de civilizados, dicen existir pueblos que deben naturalmente dominar, y son ellos, y que quieren explotar, siendo justo, conveniente y a todos provechoso que aquellos manden, éstos sirvan. De esto resulta que un inglés, un alemán, un francés, un belga, un italiano, si lucha y muere por su patria es un héroe; pero un africano si osa defender su patria contra esas naciones, es un vil rebelde y traidor [...] y tanto amor les dedican que los quieren ‘libres’ por la fuerza”.

Mariátegui sostiene que el tema de las razas debía ser incorporado a los análisis marxistas, entendiendo razas como un tema esencialmente económico-social. Afirmaba entonces que sólo el conocimiento de la

---

realidad concreta, adquirido a través de la labor y de la elaboración de todos los Partidos Comunistas, podía brindar una base sólida para sentar condiciones sobre lo existente, permitiendo trazar las directivas de acuerdo con lo real. En particular, en Perú, el elemento de raza debía ser considerado como gravitante e incluido en el terreno concreto de la lucha de clases.

Desde aquel entonces, el pensamiento de Mariátegui quedó silenciado, hasta que en 1963 la Casa de las Américas publica los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Para ese entonces, el problema de las “etapas” para la revolución socialista había sido puesto una vez más en cuestión por la propia Revolución Cubana.

## Julio Antonio Mella

Mella logró en su muy corta vida una conjunción pionera entre el accionar obrero y estudiantil. Fue latinoamericano, es nuestro. Así escribió sobre él Héctor P. Agosti, por aquel entonces también líder estudiantil comunista, durante su prisión en la década del '30: “El talento de Julio Antonio no estaba cultivado en la tranquilidad del gabinete [...] Mella supera la antinomia de la cultura burguesa al fundir brillantemente la teoría y la práctica [...] la suya es una vida digna de imitarse. Una vida que merece ser vivida. No buscaremos en Plutarco la inspiración de nuestras actitudes”.<sup>4</sup>

Su pensamiento y su accionar transcurrieron principalmente en la década del '20, década de ebullición política e intelectual protagonizada por una creciente protesta obrera, un importante despliegue de intelec-

tuales comprometidos y por la fundación de muchos de los Partidos Comunistas de nuestro continente.

Al igual de Mariátegui, Mella reflexionó profundamente sobre las particularidades de la realidad sobre la que buscaba operar, y reconoció en el imperialismo el principal obstáculo para la emancipación de su país y del continente, obstáculo contra el que combatió desde diversos frentes: la Reforma Universitaria, la Universidad Popular José Martí, la Liga Antimperialista y el Partido Comunista de Cuba.

La contundencia de la huelga de los estudiantes universitarios cordobeses en Argentina en 1918, pidiendo por una transformación en las relaciones de autoridad vigentes y un mayor protagonismo del estudiantado, prontamente adquirió carácter continental. Reclamamos por la autonomía universitaria, la libertad de cátedras y el desarrollo de cátedras libres y paralelas, se conjugaban con la aclamación de una nueva solidaridad latinoamericana y del afianzamiento de las relaciones obrero-estudiantiles, para perfilar un rol radicalmente diferente de la universidad en la sociedad. Los estudiantes de países como Perú, México y Cuba siguieron los pasos de los pioneros argentinos y comenzaron a luchar por el mejoramiento de las condiciones de enseñanza y una mayor ligazón con la realidad social de sus países.

En diciembre de 1922 el doctor José Arce, rector de la Universidad de Buenos Aires, quien había viajado a Cuba para el Congreso Médico Latinoamericano, brinda una conferencia acerca de la evolución de la Reforma Universitaria en Argentina. La disertación seguramen-

te reforzó las simpatías que los jóvenes estudiantes cubanos tenían ya con el proceso argentino. Así, apenas dos semanas después de la conferencia de Arce, se crea el Directorio de la Federación de Estudiantes de la Universidad de la Habana (FEUH), que elegirá a Mella como secretario y a Felio Marinello, hermano de Juan, como su primer presidente. En enero de 1923 Mella y Felio Marinello declaran que los estudiantes tienen derecho a ser parte de la administración universitaria y se convoca a una asamblea estudiantil en la que se acuerda una huelga estudiantil exigiendo la reforma de los Estatutos de la Universidad. Los estudiantes tomaron la universidad logrando la destitución de un grupo de profesores acusados de corrupción, y la incorporación de una Comisión mixta con igual representación de profesores y estudiantes. Hacia fines del mes de enero de ese año, se presenta un proyecto de ley sobre la autonomía universitaria y en octubre se celebra el primer Congreso Nacional de Estudiantes, en el que se acuerda el completo repudio y pedido de derogación de la enmienda Platt, que reservaba a los Estados Unidos el derecho a intervenir en la Isla para proteger su independencia, las libertades individuales y la propiedad. También se manifestó un fuerte rechazo al colonialismo y se solicitaba que Cuba restableciera relaciones con la Unión Soviética.

Como vemos, en Cuba la lucha universitaria transcurrió paralelamente al fortalecimiento de la conciencia cívica nacional respecto a la opresión neocolonial en manos de los Estados Unidos. Fue precisamente el

---

<sup>4</sup>Agosti, Héctor P., “Mella o la voz de América”, en *El hombre prisionero*, Buenos Aires: Axioma, 1976 [primera edición en 1938], p. 84.

---

joven dirigente universitario Julio Antonio Mella, uno de los principales líderes de la Federación de Estudiantes, que se planteó la necesidad de conjugar la lucha contra el autoritarismo universitario del sector juvenil con una lucha antimperialista más amplia que permitiera incidir de forma directa en la realidad social de Cuba.

La relación entre la Reforma Universitaria y el pensamiento comunista en América Latina no fue lineal ni sencilla. El propio Mella criticó la “palabrería liberal” de muchos personajes provenientes de la burguesía, pero advertía que la reforma era plausible de ser conducida con un espíritu socialista, “único espíritu revolucionario del momento”, y agregaba: “Crear que los intelectuales, o las instituciones de enseñanza no tienen vinculación con la división sociológica en clases de toda sociedad es una ingenuidad de los miopes políticos”. Entender la universidad como un centro de formación de profesionales que generalmente trabajan para la clase dominante implicaba necesariamente plantearse, desde una perspectiva marxista, la convertía en una más de las necesarias transformaciones sociales, culturales y políticas del proceso revolucionario. Escribía Mella: “Un concepto socialista de la lucha por mejorar la Universidad es similar al concepto del proletariado en su acción por mejorar las condiciones de su vida y su medio. Cada avance no es una meta, sino un escalón, para seguir ascendiendo, o un arma más que se gana al enemigo para vencerlo en la ‘lucha final’.”<sup>5</sup> Esto

implicaba sin dudas un corrimiento desde un conflicto planteado en términos de “lucha generacional”, de la que Mella no había escapado inicialmente, hacia una mayor centralidad de la lucha de clases anticapitalista. Es esta línea de pensamiento la que llevará a Mella a ser también uno de los fundadores de la Universidad Popular “José Martí”, cuya lógica de la institución reflejaba uno de los ejes centrales que Mella intentó profundizar: el de la convergencia revolucionaria del estudiantado y la clase obrera. Si bien esto último distaba mucho de entrar en los planteos del argentino Domingo F. Sarmiento, cierto es que las ideas del maestro argentino sobre la escuela pública y laica eran bien conocidos en Cuba desde inicios del siglo XX. También el pensamiento de José Ingenieros, de quien Mella era admirador, tenía una gran difusión en Cuba, los jóvenes reformistas cubanos bautizaron el grupo “Renovación” en homenaje a la publicación en la que escribía el autor de *El hombre mediocre*. En 1925 Ingenieros visita La Habana por segunda vez<sup>6</sup> y es recibido por un grupo de intelectuales y estudiantes entre los que se encontraba Mella, quien prestó especial atención a las reflexiones del argentino en defensa de la juventud y su papel central en las transformaciones políticas y sociales. Seguramente también la simpatía de Ingenieros por la Revolución de Octubre incidió en Mella, quien ese mismo año participaría de la fundación del Partido Comunista de Cuba.

Pero retomemos la experiencia de la Universidad Popular “José

Martí”. Inicialmente funcionó en aulas de la misma Universidad de la Habana en horarios nocturnos, en donde los 400 matriculados comenzaron a recibir clases de historia universal y cubana, literatura, matemática, psicología y sobre todo fundamentos explicativos del sistema de explotación al que eran sometidos los trabajadores. Los propios estatutos de la nueva institución afirmaban en su primer artículo: “La clase proletaria funda, profesa y dirige la Universidad Popular”. Esta idea no se limitó a las formalidades declamativas de los discursos, fue una práctica concreta que llevó tanto a estudiantes como Mella, intelectuales como Rubén Martínez Villena y Juan Marinello, como a destacados dirigentes obreros de la talla de Alfredo López, Miguel Valdéz García y José Manuel Acosta. Esto se presentaba con un gran desafío a la hegemonía de las clases dominantes apoyada en el aparato escolar y universitario tradicional, como una tribuna de crítica antiimperialista y como una herramienta de formación de las clases históricamente marginadas de las casas de estudio. La llegada al poder de Gerardo Machado en 1925 marcó en inicio del fin tanto de la experiencia reformista como de la Universidad Popular “José Martí”, finalmente clausurada en 12 de julio de 1927.

Pero las semillas sembradas por el proceso reformista y por la experiencia de la Universidad Popular dieron sus frutos. Los estudiantes, intelectuales y obreros que había participado de la experiencia retomaron la batalla por otras vías.

---

<sup>5</sup>Mella, Julio Antonio, “El concepto socialista de la Reforma Universitaria” en *El Tren Blindado*, año 1 número1, México, D.F., septiembre de 1928.

<sup>6</sup>Ingenieros había estado en La Habana en 1915, en tránsito hacia Estados Unidos. Para ver la influencia de Ingenieros en el campo cultural cubano recomendamos el trabajo de Ana Cairo “José Ingenieros y la Generación del ’30”, en *Bohemia*, 22 de abril de 1977.

La creación de la Liga Antimperialista sería una clara muestra de ello. En ella convergieron no sólo algunos de los estudiantes que, como Mella, tenían ya reconocida trayectoria por la experiencia reformista, sino también intelectuales como Rubén Martínez Villena y Juan Marinello, reconocidos tanto por sus antecedentes en el llamado Grupo Minorista, grupo inicialmente de crítica literaria que irá avanzando paulatinamente en el compromiso y la denuncia política. Pero la experiencia de la Universidad Popular había incidido también en la formación de un movimiento obrero cada vez más permeable a las ideas marxistas, ideas que habían sido introducidas por otro personaje de vital importancia en la formación de Mella: Carlos Baliño. Baliño había nacido en 1848 y luchó junto a José Martí en las guerras por la independencia de Cuba. Daniel Kersffeld ha señalado a Carlos Baliño como el introductor del marxismo en Cuba con una gran influencia entre los obreros gracias “a su sabia y original combinación de saberes en torno a una teoría marxista de origen europeo que en sus rasgos esenciales pudo conocer durante su larga estancia en los Estados Unidos, y a su fuerte credo antimperialista y latinoamericanista, asimilado mucho antes, en tiempos de las luchas por la independencia cubanas en el siglo XIX”.<sup>7</sup> Sin duda, al igual que Martí, conocía el monstruo imperialista desde sus mismas entrañas. Iniciado ya el siglo XX, el clima de posguerra y el impacto de la Revolución Rusa contribuyeron a la radi-

calización del movimiento obrero y a que la teoría leninista defendida por Baliño tuviera mayor anclaje en la realidad. De hecho, Baliño se encuentra entre los fundadores de la Agrupación Socialista de La Habana, adherida a la Internacional comunista y que en 1923 se convertirá en la Agrupación Comunista de La Habana, primera agrupación marxista – leninista de Cuba y antecedente directo del Partido Comunista de Cuba fundado en 1925, junto con la Liga Antimperialista. El Partido Comunista tendrá entre sus fundadores y miembros de su primer Comité Central a muchos de los miembros de la comisión directiva de la Liga, entre ellos Mella, Carlos Baliño, Alejandro Bernal del Riego.

### Aníbal Ponce

En 1962 se celebraba la reforma universitaria en la Cuba Revolucionaria. El flamante rector de la casa de estudios, el intelectual y dirigente comunista Juan Marinello, recordaba entonces palabras de su par argentino, Héctor P. Agosti, sobre los revolucionarios latinoamericanos. Si José Carlos Mariátegui era “el polemista” y Julio Antonio Mella “la personificación del líder, del conductor extraordinario”, el pensador argentino Aníbal Ponce podía ser definido como “el esclarecedor”.

Aníbal Norberto Ponce tuvo, como Mella, una corta pero prolífera vida. Como bien a señalado *Cynthia Wanschelbaum*, Ponce nace poco tiempo después de la traducción al español del *Manifiesto Comunista*, y veinte años antes de que lle-

gara a la Argentina la traducción de *El Capital*. La poca circulación que los materiales marxistas tenían en los primeros años de vida de Ponce ilustran que el autor de *Humanismo burgués y humanismo proletario* es un claro ejemplo de cómo se “llega” a ser un revolucionario, proviniente de una tradición de pensamiento liberal y positivista que sostenían no sólo sus maestros, sino buena parte de la intelectualidad argentina de esos años. Ponce estudió inicialmente medicina, para luego pasarse a la carrera de psicología, vivió los años agitados de la Reforma universitaria y fue un tenaz luchador contra el fascismo.

Su actividad fue esencialmente intelectual, aunque se destacó como organizador de espacios culturales desde los que impulsó para la inteligencia una labor y un compromiso militante que su admirado maestro José Ingenieros había inaugurado con su libro *Los tiempos nuevos*, o con su discurso en el Teatro Nuevo el 22 de noviembre de 1918, en donde proclamó ante estudiantes y obreros atentos: “la Revolución Rusa señala en el mundo el advenimiento de la justicia social. Preparémonos a recibirla; pujemos por formar en el alma colectiva, la clara conciencia de las aspiraciones novísimas”.<sup>8</sup> Así recuerda Ponce el cierre de aquellas palabras: “Y esa conciencia sólo puede formarse en una parte de la sociedad, en los jóvenes, en los innovadores, en los oprimidos, que son ellos la minoría pensante y actuante de toda sociedad, los únicos capaces de comprender y amar el porvenir”.<sup>9</sup> La

<sup>7</sup>Kersffeld, Daniel, *De cara al sol*, La Habana: Editora Historia, 2009, p. 14.

<sup>8</sup>Ponce, Aníbal, “Para una historia de Ingenieros”, en *Obras completas*, Buenos Aires: Cartago, 1974, tomo I, p. 202. El trabajo fue escrito por Ponce en el verano de 1925-1926.

<sup>9</sup>Ponce, Aníbal, “Para una historia de Ingenieros”, en *Obras completas*, Buenos Aires: Cartago, 1974, tomo I, p. 203.

admiración por Ingenieros se ve plasmada también en escritos como *La vejez de Sarmiento*, publicado en 1927, en que Ponce sigue en cierta forma el camino positivista de muchos de los trabajos científicos de su maestro. Pero Ponce advirtió el progresivo corrimiento de Ingenieros del positivismo decimonónico hacia las corrientes antimperialistas y antiburguesas que se avizoraban en esos nuevos tiempos, corrimiento que atravesará al propio Ponce cuando encuentre en el marxismo las claves explicativas para los procesos sociales que tanto llamaban su atención.

El año 1930, marcaría un indudable antes y después en la vida argentina y, particularmente, en el pensamiento de Ponce. Es en esta época en la que el autor de *Humanismo burgués y humanismo proletario* define su opción por el marxismo, alejándose progresivamente del liberalismo que tan hondamente había calado en la intelectualidad argentina de fines del siglo XIX y principios del XX. Pero no toda la intelectualidad acusó la misma percepción de las cosas. Mientras Ponce proclamaba “los deberes de la inteligencia” y su ineludible compromiso con el destino de la humanidad, un grupo de intelectuales argentinos integrado entre otros por Victoria Ocampo y Eduardo Mallea fundaban la revista *Sur*. Uno de sus fundadores recordaba: “la atmósfera del mundo y de nuestro medio era más bien calma y propicia”.<sup>10</sup> Era la misma atmósfera que había acunado la creación de la Sección Especial de Represión al Comunismo, creadora de la pica-

na eléctrica entre otros instrumentos de tortura, que se dedicó a perseguir, secuestrar y torturar a comunistas y a todo personaje que resultara cuestionador del régimen. Eran intelectuales que Ponce había ubicado, parafraseando a Lenin, en el “partido de los saciados”, indiferentes a las angustias de los necesitados.

Si hasta 1930 las preocupaciones de Ponce se habían centrado en la psicología, a partir de entonces su atención tomará un claro rumbo de militancia política y social. Ponce fue artífice de dos importantes instituciones culturales que jugaron en Argentina un rol aglutinador de la intelectualidad progresista en la década del '30: El Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES), que funcionó entre 1930 y 1961, y la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE) que abrió sus puertas en 1935 y fue clausurada en 1943 por el golpe militar de junio de ese año.

Sin duda el CLES puede vincularse a toda otra serie de instituciones culturales y universidades populares (como la Universidad Popular José Martí impulsada por Mella) que buscaban crear nuevas formas de intervención en la lucha cultural frente a las instituciones tradicionales que habían evidenciado su complicidad con los poderes hegemónicos. En el manifiesto inaugural puede leerse: “Ni Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el Colegio Libre de Estudios Superiores aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias”. Fue fundada por

Alejandro Korn, Narciso Laclau, Roberto Giusti, Carlos Ibarguren, Luis Reissig y Aníbal Ponce, personajes que participaron o abrazaron la causa de la Reforma Universitaria de 1918 y muchas de sus actividades, entre ellas las protagonizadas por Aníbal Ponce, fueron publicadas en la revista de la institución *Cursos y Conferencias*. Eran años de un activo movimiento antifascista a nivel mundial, y que convocó a muchos intelectuales a pronunciarse políticamente. Iniciativas como la creación del Comité de Vigilancia de los Intelectuales Antifascistas, en Francia, trascendió las fronteras de aquel país para inspirar en Argentina la organización y la intervención pública de intelectuales contra la dictadura de Justo, ejemplo del “fenómeno universal fascista, que resulta de una gestación paulatina en el seno de la reacción imperialista”.<sup>11</sup> Ponce comenzaba a perfilarse como una figura aglutinadora de la intelectualidad de izquierda en aquel momento.

En 1935, Ponce regresa de un viaje de seis meses por Europa y la URSS. Profundo admirador de la cultura francesa, retomó la experiencia del ya mencionado Comité de Vigilancia y participó de la creación, como adelantáramos, de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE), de la cual será presidente. En la declaración inicial de la institución se afirmaba:

“La cultura debe ser militante y habida cuenta que los peligros que se ciernen como siniestras sombras sobre el cuerpo de la nación afectan

<sup>10</sup>“Evocación e inventario de Sur”, citado en Agosti, Héctor P., Aníbal Ponce. Memoria y presencia, Buenos Aires: Cartago, 1974, p. 88.

<sup>11</sup>Giudici, Ernesto, Represión obrera y democrática, citado en Pasolini, Ricardo “La cultura antifascista y los “intelectuales nuevos” en la década de 1930: el Ateneo de Cultura Popular de Tandil.”, trabajo presentado en las Segundas Jornadas de Historia Política realizado en Tandil, en junio del 2007 (b). El texto está disponible en [www.historiapolitica.com](http://www.historiapolitica.com)

a todos, los artistas que ven mermaidas sus posibilidades de creación; los escritores impedidos de expresar su verdad; los científicos que se hallan sometidos a un contralor que limita y a veces neutraliza sus investigaciones, quieren ansiosamente dar a esa común inquietud una articulación que de la fuerza necesaria a esa verdad disminuida por la división y pisoteada por el fascismo que representa la negación en sentido universal de su razón de ser”.<sup>12</sup>

El antifascismo adquirió en Argentina, aunque no solamente, un rol central en instalación de la idea del compromiso político del intelectual como criterio legitimador de la práctica cultural. Un intelectual que se diferenciaba del modelo tradicional burgués preocupado solamente por los alcances y el éxito de su trayectoria individual, para comprometerse con los problemas de la realidad política y social. Así queda claramente expresado en el “Manifiesto de intelectuales” contra el fascismo que encuentra a Ponce como uno de sus firmantes. Puede leerse allí:

“Para salvar la cultura, para acceder a los beneficios de la ciencia y del arte [...] nosotros proclamamos la necesidad de unirnos a los oprimidos y explotados del mundo. Ellos conducen la historia; ellos no tienen interés alguno en conservar un estado social hostil y negador; ellos despliegan la bandera de la liberación. Y con ellos y por ellos,

nosotros veremos surgir un mundo nuevo en que la inteligencia, liberada de prejuicios mezquinos, sueltas las ataduras que la esclavizan y envilecen, habrá conocido por primera vez en la historia humana, la dignidad de un trabajo socialmente útil, la alegría de un mundo indefinidamente renovado, pujante y bello”.<sup>13</sup>

Ponce sufrió como tantos otros intelectuales de su época el creciente anticomunismo desatado por el “fantasma rojo” que recorría (también) América Latina. En noviembre de 1936 fue expulsado de sus cátedras en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario en virtud de “su conocida actuación ideológica”, según se lee en un mensaje del Poder Ejecutivo formado por el presidente Justo y por el ministro Jorge de la Torre. La imposibilidad de desempeñarse como profesor y como periodista por la creciente persecución, lo llevó a trasladarse a México, mismo país al que llegara Mella casi una década antes. Allí trabaría profunda amistad con los cubanos Nicolás Guillén y Juan Marinello. La intelectualidad cubana era concedora de la obra de Ingenieros y sabía de Ponce como uno de sus más cercanos discípulos. En 1936 se materializa un proyecto que Ponce venía elaborando desde su estadía en Moscú y su visita al Instituto Marx-Engels: la publicación de una revista teórica. Aparece así, en marzo de ese año, el primer número de la revista *Dia-*

*léctica* que él mismo dirigió.<sup>14</sup> La revista se proponía “poner al alcance de los estudiosos, con un minimum de gastos, el vasto tesoro de los clásicos del proletariado y los nuevos estudios que mediante el método del materialismo dialéctico están renovando la ciencia y la cultura [...] En un momento en que asistimos al choque decisivo de dos culturas, es urgente esclarecer -mediante el tratamiento directo de los clásicos del proletariado- los caminos que conducirán a la liberación del hombre. [...] De la cultura que agniza, ella tomará los elementos legítimos para incorporarlos y desenvolverlos en la cultura más perfeccionada que le seguir. Y así, negando y afirmando, la marcha en espiral de la dialéctica nos conducirá victoriosamente hacia adelante. Demasiado bien sabemos lo que implica en el momento actual la responsabilidad de un pensamiento para quien no existen los distinguos de la teoría y la práctica”.<sup>15</sup> La revista solo publicó siete números entre marzo y agosto de 1936, cuando dejó de aparecer por las persecuciones a Ponce, quien, como anticipamos, se trasladará a México. Entre los “comentarios” publicados en la revista podemos mencionar: “Simón Bolívar”, por Carlos Marx, “Dialéctica y lógica”, por Jorge Plejanov, y “Agustín Thierry y la concepción materialista de la historia”, por Jorge Plejanov, entre otros.

A Principios de 1938 el Secretario de Educación le ofreció trasladarse a Morelia para colaborar en

<sup>12</sup>Para una historia de los intelectuales argentinos: la AIAPE”, en Cuadernos de *Cultura* N° 87, enero-febrero de 1968, p. 50.

<sup>13</sup> *El Ateneo*, revista bimensual Rosario, junio - julio 1934, N° 7, pp. 17-19.

<sup>14</sup> Para este y otros aspectos del pensamiento y la acción de Aníbal Ponce puede consultarse Massholder Alexia (compiladora), *Aníbal Ponce. Humanismo y Revolución*, Buenos Aires: Ediciones Luxemburg/IEALC/CEFMA, en prensa.

<sup>15</sup>Citado en Agosti, Héctor P., *Aníbal Ponce. Memoria y presencia*, Buenos Aires: Cartago, p. 122. Agosti afirma en ese mismo trabajo que “en la historia personal de Ponce *Dialéctica* significó la confirmación del proceso que *Humanismo burgués* y *humanismo proletario* había mostrado en punto de sazón”.

la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Cuando, tras la insistencia de Marinello, preparaba su viaje a Cuba para dictar una serie de conferencias sufrió un accidente de tránsito que le dejó una serie de lesiones internas que no fueron detectadas por el médico que lo atendió en la ruta. Las complicaciones terminaron con su fallecimiento el 18 de mayo de 1938.

Entre los ejes de su pensamiento Ponce dedicó reflexiones a una lectura de la Reforma Universitaria de 1918, de la Revolución de Mayo, y a considerar a la intelectualidad como milicia. Pero sin duda sus aportes sobre una concepción del marxismo como el más acabado y único humanismo nos resulta central y vigente, por ser un camino que permite la realización de un hombre total por sobre las mezquindades y parcelamientos de la sociedad capitalista. Esta realización es la que Ponce encuentra en la “Rusia Nueva”, de la que había regresado en febrero de 1935. Dio entonces una serie de conferencias en el CLES, que serían publicadas luego bajo el título *Humanismo burgués y humanismo proletario*, libro que tendrá una influencia vital en el pensamiento de revolucionarios latinoamericanos como el Che, quien en 1961 propone publicarlo en Cuba junto con *Educación y lucha de clases*.<sup>16</sup>

Antes de llegar a la Unión Soviética, había atravesado “la España jesuítica de Gil Robles, la Francia de los decretos-leyes, el vasto campo de concentración de la Alema-

nia, la Polonia torturada y mártir”, lo cual seguramente agudizó el contraste con las impresiones recogidas al llegar a Moscú. El viaje llevó a Ponce distinguir entre dos concepciones del humanismo contrapuestas: “de una parte, un puñado de hombres ricos para quienes la cultura debe ser el regalo de pocos iniciados; de la otra, millones de hombres libres que después de renovarse el alma al abolir para siempre la propiedad privada, han abierto de par en par las puertas hasta ayer inaccesibles del banquete platónico”. La necesidad de un intelectual militante iba acompañada de la renovación misma del concepto de cultura, porque “cuando a la cultura de la disfruta como a un privilegio, la cultura envilece tanto como el oro”. Y esa era la gran transformación cultural en la “Rusia Nueva” que contribuía indudablemente a la conformación de un hombre nuevo. Por esa razón había ordenado Lenin, tras la toma del poder, la reedición de los clásicos, y había afirmado que era imposible ser comunista sin haber asimilado el tesoro de conocimientos acumulados por la humanidad.<sup>17</sup> Por eso también se celebraron inmediatamente representaciones de las obras de Shakespeare, a sala llena, para millones de personas que habían tenido hasta entonces el acceso a la “cultura” vedado. Millones de personas que dejaban de ser receptores pasivos de una cultura pre-elaborada para convertirse ellos mismos en creadores. “El hombre

[...] se modifica con las circunstancias que lo educan y con las circunstancias que él transforma. Y esta última parte, la de la práctica revolucionaria, es la que le quita precisamente al teatro de Shakespeare su aspecto por momentos desolado, su impresión muchas veces sombría de fatalismo inexorable [...] era necesario mostrar también, que esas creaciones no son otros tantos aspectos del hombre ‘eterno’ y de la humanidad ‘invariable’”.<sup>18</sup>

Ponce señala, siguiendo a Marx, que el nuevo humanismo sólo podía surgir en ese momento histórico, por las condiciones que permitían al hombre de entonces liberarse de los largos procesos de formación de oficios propios del artesanado, y de las interminables jornadas de trabajo gracias a la aparición de la máquina, que si bajo el capitalismo es un instrumento de explotación, bajo el socialismo permite la reducción de la jornada de trabajo y el desarrollo integral del hombre. La máquina era según Ponce la primera condición objetiva para el surgimiento de un humanismo proletario. “¿Cómo, pues, -se pregunta- entregar la máquina de la gran industria a sus ‘exigencias naturales’? ¿Cómo devolver al individuo mutilado por la especialidad, su desarrollo completo, su sed de totalidad? *Por la conquista del poder político que será resultado de la victoria proletaria*. Sin el advenimiento del proletariado es absolutamente irrealizable la unión de

<sup>16</sup>Cynthia Wanschelbaum ha llamado la atención sobre el libro de Julio Woskoboinik *Anibal Ponce en la mochila del Che. Respecto a Educación y lucha de clases*, Agosti recuerda que en su preparación le llevó a Ponce el folleto “Lenin y la juventud”, edición del Secretariado Sudamericano de la Internacional Juvenil Comunista, Buenos Aires, 1929, selección de textos sobre problemas juveniles que el propio Agosti había traducido a partir de una versión francesa. Texto que fue de gran utilidad para sus tesis pedagógicas. Véase Agosti, Héctor P., *Anibal Ponce. Memoria y presencia*, Buenos Aires: Cartago, 1974, p. 123.

<sup>17</sup>Se trata del discurso de Lenin al Tercer Congreso Pan-ruso de la Unión de las Juventudes Comunistas en 1920.

<sup>18</sup> “Humanismo burgués y humanismo proletario”, en *Obras completas*, tomo III, p. 528.

la teoría y de la práctica, de la inteligencia y de la voluntad, de la cultura y del trabajo productivo: todo eso, en fin, que la expresión “hombre completo” aspira a resumir en su poderosa brevedad [...] *Por el gobierno obrero a la cultura para todos*: he ahí la segunda premisa del humanismo proletario”.<sup>19</sup>

El hombre nuevo, total, el “hombre futuro” como el propio Ponce denominó al hombre soviético, parecía provenir de tiempos muy distintos. Hombres que “en las granjas, en los laboratorios y en las escuelas, sólo piensan en construir, en crear, en superar lo existente. Construir, he ahí en efecto el verbo de la Rusia Nueva; construir en las técnicas, construir en la cultura, construir en el alma”. Era una sociedad para la cual “el trabajo ha dejado de ser un tormento”.<sup>20</sup>

Hombres que trabajan en granjas y usinas para luego asistir a clubes, museos, teatros y conciertos. Ponce subrayó las palabras de Stalin cuando definió a los intelectuales, a los escritores como “ingenieros de las almas”, como participantes directos, junto con el proletariado, de crear y expandir una

nueva cultura y la edificación de ese hombre nuevo.

Nos parece interesante destacar la siguiente frase del novelista ruso Alexander Adveenko que Ponce cita en su libro: “Sano y fuerte, sueño en construir como escritor una obra inolvidable [...] Dichoso de vivir, siento en mí un coraje inquebrantable, y sólo la alegría de que habré de despertarme me compensa la pena de dormir todos los días. Cien años he de vivir, blanquearán mis cabellos, y yo seguiré siendo eternamente feliz, eternamente dichoso. Y todo esto es a ti, Stalin, educador, a quien lo debo”. Y agregaba Ponce: “Jamás -y el adverbio tiene aquí matemática precisión-, jamás ha surgido del seno de la masa una afirmación más completa de fe en la vida, de confianza en sí mismas, de orgullo exultante del poderío del hombre”.<sup>21</sup> Claras muestras del clima de época, estas citas permiten contextualizar no sólo las opiniones de Ponce, sino las de muchos de los que, tras el ascenso de la Unión Soviética, se encuadraban en el “partido” de su defensa y del esclarecimiento de sus logros.<sup>22</sup>

Escribe Ponce: “Todo lo que hasta ahora le dominaba y oprimía pasa a ponerse a su servicio, y por vez primera, también, adquieren validez universal los grandes valores que hasta entonces sólo enmascaraban los intereses de las clases dominantes”.<sup>23</sup> Es inevitable pensar en Gramsci cuando se lee de la mano del argentino que “las pretendidas ‘instancias incondicionales y absolutas’ -sobre las que tanto gustan de ahuecar la voz los pintorescos petimetres de nuestra filosofía oficial- no han tenido nunca, desde Platón hasta Max Scheler, otra estabilidad que la del poder de la clase dominante”.<sup>24</sup> Sólo el nuevo hombre puede invocar aquellos “valores absolutos” del hombre, porque cuando refiere al concepto “hombre” lo hace desde un lugar de pleno conocimiento de la realidad humana, de la totalidad del hombre que piensa, trabaja y crea. No es ya el hombre “tantas veces enunciado como veces traicionado”. El “superhombre” de la cultura burguesa no tiene razón de ser, porque las metas que se propone son ahora alcanzables por el nuevo humanismo, el humanismo proletario y pleno.

<sup>19</sup>“Humanismo burgués y humanismo proletario”, en *Obras completas*, tomo III, p. 511. Los destacados son de Ponce.

<sup>20</sup>“Humanismo burgués y humanismo proletario”, en *Obras completas*, tomo III, p. 543. Ponce apunta a pié de página que la palabra “trabajo” proviene de “tripalium”, instrumento de tortura formado de tres piezas.

<sup>21</sup>“Humanismo burgués y humanismo proletario”, en *Obras completas*, tomo III, p. 516.

<sup>22</sup> Ponce no vivió los años posteriores en los que se extenderían las duras críticas a Stalin por los crímenes y las purgas.

<sup>23</sup>“Humanismo burgués y humanismo proletario”, en *Obras completas*, tomo III, p. 249.

<sup>24</sup> Los destacados de las últimas citas corresponden al original.